

Elías José Palti

VERDADES Y SABERES DEL MARXISMO

REACCIONES DE UNA TRADICIÓN POLÍTICA ANTE SU “CRISIS”

Prefacio

La pregunta por el marxismo hoy

Dar una respuesta –la alienación, la primacía de la necesidad, la historia como proceso de la práctica material, el hombre total– deja, sin embargo, indeterminada o indecisa la pregunta a la cual responde.

Maurice Blanchot

El presente libro no forma parte de ningún proyecto de investigación institucionalmente radicado, no responde a exigencias académicas, sino que obedece a motivaciones más personales. Busca, básicamente, saldar algunas viejas deudas teóricas pendientes (y, a su vez, contraer seguramente otras nuevas). De todos modos, no está por ello desligado de mis otros trabajos historiográficos. Por el contrario, participa de una persistente búsqueda por abordar y tratar de comprender los fenómenos de crisis conceptual. Lo une, igualmente, un cierto tipo de enfoque. Lo que me propuse esta vez es interrogar la situación presente del pensamiento marxista desde un punto de vista estrictamente histórico-intelectual.

Tal tipo de aproximación supone la apelación a categorías tomadas de disciplinas diversas, algunas previsibles para el caso, como la filosofía política o la teoría sociológica, y otras menos, como la crítica literaria, buscando así inscribir este fenómeno particular en un horizonte cultural más amplio, que es el de la crisis de la política toda en el último fin de siglo. La expectativa, cuya concreción o no toca al lector juzgar, es que de tal cruce pueda surgir una perspectiva, aunque no menos

polémica, distinta de las tradicionales en la literatura en el área, fuertemente orientadas a incidir prácticamente en los debates presentes, y que, más allá de mis convicciones personales al respecto, ayude a localizar aquellos núcleos problemáticos con los que no sólo el marxismo, sino el pensamiento político en general se ve hoy confrontado.

En suma, de lo que se trata aquí es de someter los textos en cuestión a una suerte de “lectura sintomática”, es decir, seguir su línea argumentativa, con el mayor rigor posible, hasta sus últimas consecuencias lógicas, a fin de descubrir sus premisas implícitas y eventualmente negadas a nivel del discurso, en que revelan su sentido último. Entiendo que es en este tipo de aproximación histórico-intelectual a la crisis contemporánea del marxismo donde radica la originalidad del presente estudio, y en función de la cual espero que sea leído y evaluado. No obstante, y precisamente como resultado de ello, se encuentra atravesado por la convicción de la imposibilidad presente de reducir completamente al marxismo a un mero objeto de estudio académico, de que éste plantea aún, después de su “muerte”, preguntas que no podemos eludir, pero que tampoco podemos hoy responder. Y es en este punto que este trabajo se distingue de otros anteriores míos, allí donde reside su peculiaridad. Se trata, en definitiva, de un estudio de historia intelectual y, al mismo tiempo, de un tanteo, una exploración cargada de incertidumbres y perplejidades; un estudio historiográfico, pero también, simultánea y subrepticamente, un texto en permanente diálogo consigo mismo, en protesta constante contra sí mismo. De todos modos, habrá alcanzado su cometido si logra, si no ofrecer respuestas –hoy inhallables–, al menos sí ayudar a aclarar cuáles son las preguntas.



Introducción

Crisis de las ideas e ideas de la crisis: El marxismo como laboratorio

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe y era
nuestra herencia una red llena de agujeros.

Cantar mexicano (1528)

El presente estudio gira todo alrededor de la noción de “crisis”. Tal expresión se repite una y otra vez a lo largo del libro. Sin embargo, el término resulta inapropiado para expresar el tipo de fenómeno que aquí se intenta rastrear y analizar. Hablar de una crisis representa ya, en realidad, su domesticación simbólica, su inscripción dentro de una cierta narrativa (expresando un momento particular dentro de un relato más vasto –ya sea de evolución o de decadencia– que lo comprende). Su etimología resulta ilustrativa al respecto. El término griego *krisis* es de origen médico e indicaba “una mutación grave que sobreviene en una enfermedad para mejoría o empeoramiento”, pero también “el momento decisivo en un asunto de importancia”.¹ Su raíz *krino* significa “cortar”, “dividir”, y también “elegir”, “decidir”, “juzgar” (que, por extensión, se va a asociar a “medir”, “luchar”, etc.).² En todos los casos, señala un momento de decisión crucial e irrevocable. La tradición jurídica clásica se apropiaría del término para expresar “el momento en que se pronuncia una sentencia”. Sus derivaciones (crítico, criterio, diacrítico) despliegan, en un arco de variantes, esta última asociación con el “juicio”, la “facultad de juzgar”, etc. En la más estricta de sus acepciones lo ligaría, a su vez, con el concepto de “tiempo”, cuya raíz indoeuropea (*di-*, “cortar”, “dividir”) denota “una sección delimitada de existencia o periodo”.³ En definitiva, en la noción de crisis se combinarían una dimensión temporal (un momento de inflexión) con un tipo de operación intelectual (básicamente, la de establecer una distinción), conjunción que surge de su doble origen, médico y jurídico.

Como señala Reinhart Koselleck, en la serie de sus desplazamientos significativos va a conservar esta doble dimensión,⁴ la cual se integra

¹ Véase Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1996, p. 179.

² Véase Reinhart Koselleck, “Krise”, en: Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck (comps.), *Geschichtliche Grundbegriffe*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1982, t. III, pp. 617-650.

³ Véase John Ayto, *Arcade Dictionary of Word Origins*, Nueva York, Arcade, 1990, p. 532.

⁴ Reinhart Koselleck, “Krise”, *op. cit.*, t. III, p. 619.

también al uso que del término haría la tradición marxista. En ella, como se sabe, el concepto de crisis ocupa un lugar central. En la obra de Marx puede encontrarse desarrollada, de hecho, toda una suerte de “crisiología”.⁵ En ella pueden distinguirse, básicamente, dos grandes tipos de crisis: las crisis *parciales, cíclicas*, que se resuelven mediante recomposiciones operadas dentro del propio sistema capitalista de producción y resultan funcionales a él, y las crisis *generales*, cuya resolución supondría una transformación del régimen mismo de producción. Siguiendo a Pierre Gaudibert, podemos llamarlas, respectivamente, *Crisis₁* y *Crisis₂* o crisis *intrasistémica* y crisis *sistémica*.⁶ Ambos tipos tienen, sin embargo, un rasgo en común: se trataría, en todos los casos, de fenómenos de carácter eruptivo, localizados en el tiempo, que hacen manifiestas contradicciones o conflictos latentes soterrados, permitiendo así su eventual resolución.

La idea de crisis llevaría siempre implícita, pues, la de su resolución. Su origen explica, en última instancia, esta característica suya. Su naturaleza temporal se liga a la índole médico-biológica de su raíz, que la asocia a la noción de la continuidad de la vida y la eventualidad de la enfermedad y de la muerte. En uno u otro caso, la crisis *discierne, delimita* ciclos vitales; participa, en fin, del orden del *kairós*, el tiempo significativo, ordenado como proceso, en oposición al *chronos*, al mero transcurrir ciego, vacío. Las crisis ordenan, establecen hitos, dan forma y sentido al devenir temporal. A ellas mismas se las puede clasificar, analizar, situar, explicar retrospectivamente e, incluso, predecir y tratar de orientar y controlar. La idea de una crisis sin solución, sin sentido aparente, resulta así simplemente inconcebible. Se puede, sí, pensar en una crisis crónica, permanente. No obstante, su prolongación en el tiempo (la posposición del momento de su eventual resolución), aun cuando fuera eterna, supone todavía una cierta inteligibilidad, un horizonte en el que se inscribe; siempre postergado, es cierto, quizás inhallable o imperceptible desde nuestra perspectiva presente, pero aun así siempre presupuesto.

También la llamada “crisis del marxismo” participa de este complejo categorial. El término, como sabemos, es de larga data.⁷ Según se

⁵ Véase Edgar Morin, “Para una crisiología”, en: Randolph Starn *et al.*, *El concepto de crisis*, Buenos Aires, Megápolis, 1979, pp. 275-299 [textos originalmente aparecidos en *Communications*, núm. 25, París, Seuil, 1976].

⁶ Véase Pierre Gaudibert, “Crisis y dialéctica”, en: Randolph Starn *et al.*, *El concepto de crisis*, *op. cit.*, pp. 217-255.

⁷ Véanse al respecto, Douglas Kellner, “Obsolescence of Marxism?”, en: Bernd Magnus y Stephen Cullenberg (comps.), *Whither Marxism?: Global Crises in International Perspective*, Nueva York, Routledge, 1995, pp. 3-30; Roberto Racinaro, *La crisi del marxismo nella revisione di fine secolo*, Bari, De Donato, 1978; y José Szabón, “‘Crisis del marxismo’: un antecedente fundador” y “Una lectura sinóptica de la crisis”, en: *Historia y representación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, pp. 17-49 y 50-71.

afirma, en la prensa socialista aparece sólo en 1898, introducido por el checo Thomas Masaryk, pero habría acompañado al marxismo casi desde su origen, al punto que algunos autores llegan a afirmar que la historia del marxismo no es sino la de sus sucesivas crisis.⁸ En las interpretaciones tradicionales, incluso las más traumáticas de ellas habrían servido para nutrir y enriquecer dicha tradición, aun cuando esto supusiera su recomposición y la reformulación de algunos de sus postulados. Como señala José Sazbón, se advierte aquí “la presencia de la misma pauta de crítica-recomposición que en la historia del posterior movimiento de ideas marxista aparece asociada a la detección de las ‘crisis’ y ‘desenlaces’”.⁹

Para muchos, sin embargo, esta interpretación tradicional resultaría hoy insuficiente. Lo que estaríamos presenciando no sería *una crisis más* del marxismo, como tantas otras ya ocurridas, sino su *crisis última y final*. Tal noción, sin embargo, resultaría controvertida. En este uso del término, apunta Sazbón, se encontraría ausente aquel otro al que está necesariamente asociado: el de resolución. Así, dice, éste “no abarca más que la mitad de su sentido pleno, pues no incluye la mutación consiguiente a la aparición de la anomalía: la ‘reconstrucción del campo a partir de nuevos fundamentos’, según el enunciado de Kuhn, la emergencia de ‘nuevos nudos en el proceso de desarrollo’, como ya había dicho Burckhardt”.¹⁰ Cabría decir, en realidad, no que tal “reconstrucción del campo” se encuentra ausente, sino, más precisamente, que, para estos autores, aquella se operaría en un terreno distinto del que le es propio, nos conduciría ya más allá del universo de pensamiento marxista. Como vimos, esta alternativa no sería extraña al concepto marxiano de “crisis”. El modelo subyacente sigue siendo el mismo, aunque aplicado, esta vez, al propio marxismo. El primero de los casos equivaldría a lo que llamamos, siguiendo a Gaudibert, crisis “parciales” o Crisis₁, las cuales resultan, de algún modo, funcionales al propio tipo de discurso. El segundo, en cambio, correspondería a las crisis sistémicas generalizadas o Crisis₂, las cuales expresarían un grado de dislocación tal que ya no resultaría

⁸ “No es exagerado decir –asegura José Sazbón– que cualquier historia de las ‘crisis del marxismo’ se identifica, sin más, con la historia del mismo marxismo, pues una y otra son coextensivas y complementarias: la unidad incuestionada de un marxismo carente de tensiones no puede existir sino como un paradigma evanescente” (José Sazbón, “Una lectura sinóptica de la ‘crisis’”, *op. cit.*, pp. 52-53). Para Étienne Balibar, el origen del marxismo se encuentra, precisamente, en una crisis, a saber, la resultante de la derrota de las revoluciones de 1848 (véase Étienne Balibar, *La filosofía de Marx* [1993], Buenos Aires, Nueva Visión, 2000).

⁹ José Sazbón, “Crisis del marxismo’: un antecedente fundador”, *op. cit.*, p. 22.

¹⁰ José Sazbón, “Una lectura sinóptica de la ‘crisis’”, *op. cit.*, p. 53.

asimilable o resoluble dentro de sus marcos, determinando así su quiebra.¹¹

Es cierto que tampoco esta idea de una crisis general, terminal del marxismo es nueva, sino que retoma un motivo reiterado una y otra vez a lo largo de su historia, y también refutado una y otra vez. No obstante, aun así, y salvo que pensemos que el marxismo es una especie de sustancia eterna, no podríamos descartar, en principio, esta última posibilidad (esto es, la ocurrencia de una crisis generalizada que ponga en cuestión las bases mismas del marxismo). Sea como fuere, el punto es que en uno y otro caso encontramos siempre “la misma pauta de crítica-recomposición”; aunque distintas en cuanto a sus contenidos, subyace tras ambas posturas una misma operación de “detección de ‘crisis’ y ‘desenlaces’”. Ambas interpretaciones representan, en fin, distintas reacciones posibles ante la “crisis” actual del marxismo. No es ésta, sin embargo, la clase de fenómenos que aquí nos ocupa. El tipo de crisis que buscamos analizar no podría definirse ni como una crisis cíclica, parcial, eventualmente resoluble mediante alguna recomposición interna del discurso marxista, ni como una crisis general, terminal, que obligue a la demolición y abandono de dicho discurso, sino algo completamente distinto, inexpresable según este marco categorial; un fenómeno, en realidad, difícil siquiera de concebir, y más aún de explicar. En definitiva, toda verdadera “crisis conceptual”, como la que intentamos explorar (término que emplearemos por no disponer de otro mejor), *comienza por la puesta en crisis del propio concepto de “crisis”*. Ésta surge, precisamente, de la desarticulación de su marco implícito de nacimiento-destrucción-muerte-regeneración; disloca el dispositivo categorial médico-jurídico en que hunde sus raíces conceptuales; destruye el sentido del tiempo (*kairós*), sin que por ello nos devuelva al puro acontecer (*chronos*), sino que abre a la pregunta por lo que viene después del sentido, por el sentido luego del fin del Sentido. Se trata, pues, de comprender un tipo de fenómeno particular, de internarnos allí donde toda explicación parece naufragar y donde toda inteligibilidad se revela ilusoria; de indagar esa experiencia para la

¹¹ En *Las ondas largas del desarrollo capitalista* (México, Siglo XXI, 1986), Ernest Mandel propone una nueva tipología que mina la oposición entre ambos tipos de crisis definidas por Marx. Para él, las crisis sistémicas habrían sido superadas por el capitalismo mediante una revolución productiva (la emergencia de la máquina a vapor para la etapa del capitalismo nacional, la electricidad y el motor a combustión para el imperialismo, etc.). Así, las crisis originariamente extrasistémicas habrían sido reconducidas y convertidas en intrasistémicas. Esta tesis permitirá a Fredric Jameson, a su vez, establecer un vínculo entre crisis capitalistas y crisis del marxismo. Según afirma, la percepción de una “crisis del marxismo” siempre habría coincidido con estos períodos de revolución productiva capitalista; véase Fredric Jameson, “Cinco tesis sobre el marxismo realmente existente. El Marx de Derrida”, en: *El Rodaballo*, núm. 4, 1996, pp. 2-6.

cual el término “crisis” es el único disponible y, sin embargo, no alcanza en modo alguno a representar.

“Crisis” y “experiencia abismal”

Quizás el caso paradigmático de “crisis conceptual”, con todo lo problemático que el ejemplo contiene (una de sus características distintivas es, precisamente, la de ser hechos sumamente excepcionales y siempre singulares, lo que impone límites demasiado estrechos a toda comparación, impidiendo cualquier generalización al respecto) haya sido el que experimentaron los nativos americanos tras la Conquista. En medio de la dislocación política, económica, cultural e incluso, demográfica que le siguió, instituciones, vínculos comerciales y sociales, creencias, en fin, todo un mundo repentinamente se derrumbó. Los dioses tradicionales habrían perdido ya su anterior eficacia. Las antiguas cosmovisiones no podrían entonces dar cuenta de una realidad en que todo se encontraba trastocado. Éstas se habían convertido, según narra una crónica azteca de la época, en “una red llena de agujeros”.¹²

¿Cuáles fueron las reacciones indígenas ante tal situación? ¿Qué pensaron en ese momento los habitantes locales? ¿Cómo experimentaron esa crisis? Resulta imposible responder taxativamente a estas preguntas. Las fuentes indígenas nos hablan del “cataclismo cósmico” ocurrido. No obstante, dicen poco aún respecto de qué pensaron y sintieron entonces los individuos concretos, cómo confrontaron una situación tal. En principio, no hay modo de reconstruir a partir de ellas el arco de sus reacciones ante la hecatombe cultural sucedida. De hecho, analizar lo que Nietzsche denominó “experiencias abismales” (*i.e.*, el tipo de perturbación subjetiva que genera la aparente quiebra de todo horizonte de inteligibilidad) no es en absoluto sencillo. No sólo por la carencia, casi intrínseca, de testimonios de este tipo de situaciones; tampoco resultan fáciles de identificar y, ciertamente, de interpretar. Según veremos, la actual crisis del marxismo provee algunas pautas para ello y presenta aristas que permiten analogarla a ese tipo de casos. La disolución de la URSS, en particular, para muchos de los enrolados en las filas de la izquierda revolucionaria representó una experiencia traumática semejante a la mencionada; abrió, para ellos, una suerte de quiebra de inteligibilidad en la que todas sus anteriores certidumbres colapsaron. Es, precisamente, esta situación de crisis de inteligibilidad la que se busca aquí analizar. Ésta, como veremos, ilustra un fenómeno más vasto, cuya relevancia trasciende al

¹² “El sitio de Tenochtitlán” [1528], *Cantar mexicano*, en: León Portilla (comp.), *La visión de los vencidos*, México, UNAM, 1992, p. 166.

ámbito específico del marxismo, ofrece claves para comprender la naturaleza aporética de las cuestiones a las que el horizonte de la política se ve confrontado.

Nuestro interrogante, en definitiva, no refiere al hecho en sí que desencadena tal crisis, cómo se desenvuelve ésta, cuáles son sus orígenes y naturaleza, etc. Lo que nos interesa aquí, más concretamente, es observar cómo reaccionan ciertos sujetos cuando descubren que todas sus creencias más fundamentales les resultan ya insostenibles, pero tampoco hallan otras disponibles con las cuales reconstituir un horizonte práctico de vida alternativo. En fin, qué ocurre cuando todo Sentido se disuelve y los hechos y fenómenos históricos aparecen difusos, los contornos con que se nos presentaban con anterioridad claramente se diluyen, y la realidad circundante se nos vuelve extraña, oscura. Y entonces se comprende también que, aun así, hay que seguir aferrándose a certidumbres que nos devuelvan una cierta inteligibilidad, nos hagan comprensible el mundo, aun cuando eso nos resulta ya definitivamente imposible.

El caso de la situación presente del marxismo nos permite, así, internarnos e indagar en ese tipo de “experiencias abismales” frente a las cuales el concepto de crisis aparece como una suerte de obstáculo epistemológico, y cuya inteligibilidad impide, más que favorece, en la medida en que el rasgo que define tales “experiencias abismales” es, justamente, el de dislocar el aparato simbólico, de origen médico-jurídico, articulado en torno a la noción de “crisis”. Lo que sigue, pues, más que la historia de una crisis, es la historia de la puesta en crisis de dicho concepto, la cual dará origen, a su vez, a una forma peculiar de pensamiento.

* * *

El diseño general del presente estudio sufrió algunas modificaciones en el curso de su elaboración. Su estructura se articula alrededor de dos núcleos, constituidos por los capítulos dos y cinco, dedicados, respectivamente, a las ideas de Nahuel Moreno y Alain Badiou, cuyo contraste provee el tema original de la obra. Moreno y Badiou ilustran aquí dos modos diversos de experimentar la “crisis del marxismo”. El del primero responde al tipo de contradicciones que enfrentó dicha tradición en el curso del siglo XX, sirviendo así de contrapunto de la clase de dislocación –más reciente y compleja– producida tras el derrumbe de la URSS, que es la que nos ocupa centralmente. La naturaleza problemática de esta última se ilustrará, pues, a partir de la contraposición entre dos *formas* distintas de pensamiento, dos géneros diversos de “dialéctica trágica”. El tipo de dialéctica trágica que cruza el pensamiento y la acción de Moreno seguiría más de cerca a la que

Goldmann analizó con motivo de Pascal y denominó la “visión trágica del mundo”. El de Badiou se trataría, en cambio, de algo ya muy distinto, de una suerte de dialéctica trágica de segundo orden, que denominaremos, siguiendo a Blanchot, la “experiencia del desastre” -lo que representa, en realidad, según veremos, un contrasentido-. Lo cierto es que sólo en ésta se hace manifiesto, a nivel intelectual, el sentido de una auténtica “crisis conceptual”, la quiebra completa de todo horizonte de inteligibilidad, y permite, por lo tanto, observar qué tipo de lógica se despliega a partir del punto en que se disloca toda lógica, y toda coherencia se vuelve incierta.

Tal contraposición tiene, sin duda, algo de paradójico. Ambos autores son, en realidad, muy distintos entre sí. Mientras que Badiou es un pensador de primer nivel, Nahuel Moreno, en tanto dirigente orientado a la acción política, difícilmente pueda considerarse que haya realizado algún aporte al campo intelectual. De todos modos, aunque su labor se despliega en planos muy distintos, el presupuesto común a ambos casos es que únicamente en la “ortodoxia” marxista la crisis se volvería una suerte de “experiencia vivida”, mientras que en las corrientes revisionistas, por su propia versatilidad conceptual, tendería a diluirse. No obstante, aun cuando la presente crisis del marxismo no se manifestará en ellas de forma tan apremiante, en la medida en que viene a inscribirse en el marco de una crisis general de la política, de la cual es sólo una expresión -probablemente, la más descarnada-, tampoco estas corrientes podrían permanecer extrañas a ella. Los capítulos uno y tres analizan, respectivamente, cómo se manifiestan diferencialmente ambas crisis mencionadas, en este caso, en el pensamiento marxista revisionista. La obra reciente de Perry Anderson y Fredric Jameson, a cuyo análisis se dedica el primer capítulo, expresaría los intentos de adecuación a la crisis de matrices de pensamiento forjadas en la segunda posguerra. En este sentido, aunque muy diversas entre sí, hacen *pendant* con la obra de Moreno. La de Ernesto Laclau, que se discute en el tercer capítulo, sirve, a su vez, de contrapunto revisionista de la de Badiou. Ambas expresan dos modos muy distintos de confrontar, partiendo de un mismo núcleo conceptual, de matriz postestructuralista, lo que aparece como el derrumbe final de dicha tradición. El debate entre Laclau y Žižek, que forma parte de ese mismo capítulo, permite contraponer ambas perspectivas, revelando la naturaleza últimamente dilemática de las cuestiones en disputa.

Este doble *pendant* (Anderson-Jameson / Moreno, Laclau / Žižek-Badiou), que conforma el diseño más general del presente estudio, aparecerá, sin embargo, algo diluido, dado que entre los dos últimos autores señalados surgen una serie de mediaciones, necesarias para comprender la naturaleza de las aporías a las que se enfrenta hoy el pensamiento político todo. La obra reciente de Jacques Derrida, cuyo

análisis viene a intercalarse entre los dedicados a Laclau- Žižek y Badiou, respectivamente, sirve de guía al respecto, iluminando aquellas aristas que confieren al fenómeno específico que nos ocupa una significación más vasta; descubriendo, en fin, por qué el análisis de la situación presente del pensamiento marxista, luego de la muerte del marxismo, cobra una relevancia que excede su ámbito estricto, se vuelve síntoma e índice de una dislocación objetiva más general, que abraza, por lo tanto, de conjunto al pensamiento político finisecular.